

## [DE OCTO DULCITII QUAESTIONIBUS.]

### ADVERTENCIA SOBRE EL LIBRO DE LAS OCHO CUESTIONES DE DULCITIO.

Sobre Dulcicio, quien proporcionó a Agustín el argumento para escribir este libro, no dudamos que sea el mismo tribuno y notario mencionado en el libro 2 de las Retracciones, capítulo 59, quien alrededor del año 420, como se entiende de ese mismo lugar, actuaba en África, encargado de ejecutar las leyes dadas por el emperador Honorio contra los Donatistas. A él, cuando deseaba ser instruido sobre qué responder a esos herejes, fue dirigida la carta 204 de Agustín, titulada «Al excelentísimo y honorable hijo Dulcicio». Además, Agustín creía que Mercator, a quien envió cartas a través de Albino, acólito de la Iglesia Romana que partía de África, citadas en este trabajo en la cuestión 3, era muy conocido por Dulcicio. Asimismo, a Laurencio, a quien se dirige el libelo llamado Enchiridion, primicerio de la ciudad de Roma, Agustín lo llama hermano de Dulcicio al responder aquí a la cuestión 1.

En cuanto a la fecha de la obra subsiguiente, está claro que fue editada después del año 419 d.C., e incluso después de 420; ya que el libro Enchiridion citado en la primera cuestión no fue publicado antes de 421, como diremos en su lugar. También es evidente que fue completado algún tiempo antes del año 430, ya que se menciona en los libros de las Retracciones, que fueron casi terminados en 427. Por lo tanto, no sin razón se considera corregir aquí la nota de Pascua consignada al inicio (aunque todos los códices impresos y escritos la tienen igual), que indica que el Domingo de Pascua en el año en que Agustín compuso este libro cayó el 30 de marzo. Esto nunca ocurrió durante el episcopado de Agustín, excepto en los años 419 y 430, a los cuales no puede asignarse esta obra. Por lo tanto, en lugar de III calendas, debería leerse, como algunos sugieren, VII calendas de abril, para que la obra pertenezca al año 422; o ciertamente debería restituirse XI calendas de abril, día en que Bucherio afirma que algunos latinos celebraron la Pascua en el año 425.

S. AURELIO AGUSTÍN, OBISPO DE HIPONA, SOBRE LAS OCHO CUESTIONES DE DULCITIO. Un libro. (C)

### PREFACIO.

Según me parece, amadísimo hijo Dulcicio, no he tardado en responder a tus preguntas. Pues en esta Pascua del año en que el Domingo de Pascua fue el 30 de marzo, recibí en Cartago las cartas de tu dilección. Después de esos días santos, partí inmediatamente hacia Cartago: en esa ciudad, la multitud de ocupaciones, que allí no puede faltar, no me permitió dictar nada. Pero después de regresar de allí, habiendo pasado quince días entre los nuestros, que me obligaron a atender otros asuntos tras una larga ausencia (pues se me permitió regresar después de tres meses), no demoré en responder a las preguntas que me enviaste, las cuales ya había tratado en mis diversas obras, devolviéndote de esas mismas obras ya sea mi solución o al menos mi discusión. Finalmente, aquello únicamente, donde preguntas por qué dijo el Señor, sabiendo de antemano los futuros, «He elegido a David según mi corazón» (III Reyes VIII, 16), a pesar de que cometió tales y tantos pecados, no pude encontrar dónde lo traté y cómo lo expuse, y no sé si está en alguno de mis libros o cartas. Y por lo tanto, ya que me has impuesto la necesidad de una nueva discusión sobre esto, lo he dejado para el final en mi respuesta, queriendo primero presentar lo que tenía preparado en mis otros volúmenes: para no faltar al empeño de tu santidad, lo cual me es gratisimo; ni verme obligado a decir lo mismo de otra manera, lo cual me sería muy laborioso, ni tampoco te ayudaría más.

CUESTIÓN PRIMERA.---Si los pecadores bautizados saldrán del infierno. Un pasaje difícil del Apóstol mal entendido. Se refuta la opinión de quienes creen que la fe sin obras es útil para la salvación. Cómo debe entenderse el pasaje del Apóstol. Otro pasaje del Apóstol citado en vano por aquellos que enseñan que la fe sin obras salva. Qué tipo de fe fue alabada en la cananea. Opinión de algunos, que los fieles bautizados, por más pecadores que sean, serán salvados por el fuego. El fuego que prueba la obra de cada uno en esta vida. Fuego purgatorio después de esta vida.

1. Tu primera proposición es, «Si alguna vez, los que son pecadores después del Bautismo, saldrán del infierno. Pues algunos, dices, tienen diferentes opiniones sobre esto, respondiendo que así como la recompensa de los justos, así también los tormentos de los pecadores no tienen fin. Quieren asegurar que la venganza es tan perpetua como la recompensa. Contra ellos se cita aquella sentencia evangélica que dice, 'No saldrás de allí hasta que pagues el último cuadrante' (Mateo V, 26). Por lo tanto, queda que, una vez pagado esto, pueda salir. Creemos esto también por la definición del Apóstol que dice, 'Él mismo será salvo, pero como a través del fuego' (I Cor. III, 15). Pero ya que en otro lugar leemos, dices, 'Y no la conoció hasta que dio a luz' (Mateo I, 25), lo cual no podemos interpretar de la misma manera; por eso deseamos ser más seguros sobre esto.» Hasta aquí llega tu proposición.

2. A lo cual respondo desde mi libro titulado, Sobre la Fe y las Obras, donde hablé de esta manera sobre este asunto: «Santiago, digo, es tan vehementemente hostil a aquellos que piensan que la fe sin obras vale para la salvación, que incluso los compara con los demonios, diciendo, 'Tú crees que hay un solo Dios: bien haces; también los demonios creen, y tiemblan. ¿Qué podría decirse más brevemente, más verdaderamente, más vehementemente, cuando leemos en el Evangelio que los demonios dijeron esto, cuando confesaban a Cristo como el Hijo de Dios, y fueron reprendidos por Él (Marcos I, 24, 25), lo que fue alabado en la confesión de Pedro (Mateo XVI, 16, 17)? ¿De qué sirve, dice Santiago, hermanos míos, si alguien dice que tiene fe, pero no tiene obras? ¿Puede la fe salvarlo? También dice que la fe sin obras está muerta (Santiago II, 19, 14, 20). ¿Hasta cuándo se engañan aquellos que se prometen vida eterna de una fe muerta?

3. «Por lo tanto, es necesario atender diligentemente cómo debe entenderse esa sentencia del apóstol Pablo, claramente difícil de entender, donde dice: 'Porque nadie puede poner otro fundamento que el que está puesto, el cual es Jesucristo. Si alguien edifica sobre este fundamento, oro, plata, piedras preciosas, madera, heno, hojarasca, la obra de cada uno se manifestará. Porque el día la declarará, pues por el fuego será revelada, y la obra de cada uno, cual sea, el fuego la probará. Si la obra de alguno permanece, que edificó sobre el fundamento, recibirá recompensa. Si la obra de alguno se quema, sufrirá pérdida: él mismo será salvo, pero como a través del fuego' (I Cor. III, 11-15). Algunos piensan que esto debe entenderse de tal manera que aquellos parecen edificar sobre este fundamento, oro, plata, piedras preciosas, quienes añaden buenas obras a la fe que está en Cristo; pero aquellos que tienen la misma fe, pero obran mal, edifican madera, heno, hojarasca. Por lo tanto, creen que pueden ser purgados por ciertas penas de fuego para recibir la salvación por el mérito del fundamento.

4. «Si esto es así, admitimos que estos con una caridad loable intentan que todos sean admitidos indiscriminadamente al Bautismo, no solo adúlteros y adúlteras, pretendiendo falsos matrimonios contra la sentencia del Señor; sino también prostitutas públicas que perseveran en la profesión más vil, a quienes ciertamente ninguna Iglesia, por negligente que sea, ha acostumbrado admitir, a menos que primero sean liberadas de esa prostitución. Pero con esta razón, no veo por qué no deberían ser admitidas en absoluto. ¿Quién no preferiría

que, habiendo puesto el fundamento, aunque acumulen madera, heno y hojarasca, sean purgadas por un fuego ciertamente más duradero, que perecer eternamente? Pero serían falsas aquellas cosas que no tienen oscuridad ni ambigüedad: 'Si tengo toda la fe, de tal manera que traslade montañas, pero no tengo caridad, nada soy' (I Cor. XIII, 2); y, '¿De qué sirve, hermanos míos, si alguien dice que tiene fe, pero no tiene obras? ¿Puede la fe salvarlo?' Falso será también aquello: 'No os engañéis; ni los fornicarios, ni los idólatras, ni los ladrones, ni los avaros, ni los adúlteros, ni los afeminados, ni los que se acuestan con hombres, ni los borrachos, ni los maldicientes, ni los rapaces heredarán el reino de Dios' (I Cor. VI, 9, 10). Falso será también aquello: 'Manifiestas son las obras de la carne, que son fornicaciones, inmundicias, lascivias, idolatría, hechicerías, enemistades, contiendas, celos, iras, disensiones, herejías, envidias, borracheras, orgías, y cosas semejantes a estas, de las cuales os advierto, como ya os lo he dicho antes, que los que practican tales cosas no heredarán el reino de Dios' (Gál. V, 19-21). Estas cosas serán falsas. Porque si solo creen y son bautizados, aunque perseveren en tales males, serán salvos por el fuego: y por lo tanto, los bautizados en Cristo, incluso los que hacen tales cosas, heredarán el reino de Dios. En vano se dice, 'Y esto erais algunos de vosotros, pero ya habéis sido lavados' (I Cor. VI, 11); cuando incluso los lavados son esto. También parecerá inútil lo dicho por Pedro, 'Así también el bautismo que corresponde a esto ahora os salva; no quitando las inmundicias de la carne, sino como la respuesta de una buena conciencia hacia Dios' (I Pedro III, 21); si de hecho incluso aquellos con malas conciencias llenas de toda clase de crímenes y maldades, y no cambiadas por el arrepentimiento de esos males, sin embargo, el bautismo los salva: porque por el fundamento que se pone en el mismo bautismo, aunque sea por el fuego, serán salvos. Tampoco veo por qué el Señor dijo, 'Si quieres entrar en la vida, guarda los mandamientos' (Mateo XIX, 17), y mencionó aquellos que pertenecen a las buenas costumbres; si incluso sin guardar estos se puede entrar en la vida por la sola fe, que sin obras está muerta. Luego, ¿cómo será verdad aquello que dirá a los que pondrá a su izquierda: 'Id al fuego eterno, preparado para el diablo y sus ángeles'? A quienes no reprende porque no creyeron en Él, sino porque no hicieron buenas obras. Porque ciertamente para que nadie se prometa vida eterna de la fe, que sin obras está muerta, por eso dijo que separará a todas las naciones, que usaban los mismos pastos mezclados, para que aparezca que le dirán, 'Señor, ¿cuándo te vimos sufriendo esto y aquello, y no te servimos?' quienes creyeron en Él, pero no se preocuparon por obrar bien, como si de esa fe muerta se llegara a la vida eterna. ¿O acaso irán al fuego eterno los que no hicieron obras de misericordia, y no irán los que robaron lo ajeno, o corrompiendo en sí mismos el templo de Dios fueron inmisericordes consigo mismos; como si las obras de misericordia sirvieran de algo sin amor, diciendo el Apóstol, 'Si distribuyo todos mis bienes a los pobres, pero no tengo caridad, de nada me sirve' (I Cor. XIII, 3); o alguien ama a su prójimo como a sí mismo, quien no se ama a sí mismo? Porque quien ama la iniquidad, odia su propia alma (Salmo X, 6). Tampoco se podrá decir aquí aquello en lo que algunos se engañan a sí mismos diciendo, que el fuego eterno se dice, no la misma pena eterna: pues creen que pasarán a través del fuego eterno aquellos a quienes prometen salvación por la fe muerta a través del fuego; para que, en efecto, el fuego sea eterno, pero la combustión de ellos, es decir, la operación del fuego, no sea eterna en ellos: cuando el Señor, previendo esto, como Señor, concluyó su sentencia diciendo, 'Así irán estos al castigo eterno, pero los justos a la vida eterna' (Mateo XXV, 41, 44, 46). Por lo tanto, la combustión será eterna, como el fuego; y la Verdad dijo que irán a ella aquellos a quienes no les faltó la fe, sino las buenas obras.

5. «Si, por lo tanto, todas estas cosas, y otras innumerables que se pueden encontrar dichas sin ambigüedad en todas las Escrituras, serán falsas; podrá ser verdadero aquel entendimiento sobre la madera, el heno y la hojarasca, que estos serán salvos por el fuego, quienes solo

tienen fe en Cristo y descuidaron las buenas obras. Pero si estas cosas son verdaderas y claras; sin duda en aquella sentencia del Apóstol debe buscarse otro entendimiento, y debe contarse entre aquellas que Pedro dice que hay en sus escritos algunas cosas difíciles de entender, que los hombres no deben pervertir para su propia perdición (II Pedro III, 16), para que no hagan seguros a los más malvados sobre recibir la salvación, permaneciendo pertinazmente en su maldad, sin ser cambiados por la enmienda o el arrepentimiento.

6. «Aquí tal vez se me pregunte, sobre esa misma sentencia del apóstol Pablo, qué pienso yo, y cómo creo que debe entenderse. Confieso que preferiría escuchar a los más inteligentes y doctos, que la expongan de tal manera que todas aquellas cosas permanezcan verdaderas e incommovibles, que mencioné antes, y cualesquiera otras que no mencioné, por las cuales la Escritura testifica clarísimamente que la fe no sirve de nada, a menos que sea aquella que definió el Apóstol, es decir, 'que obra por el amor' (Gál. V, 6); pero sin obras no puede salvar, ni fuera del fuego, ni a través del fuego: porque si salva a través del fuego, ciertamente salva. Pero se dijo absoluta y claramente, '¿De qué sirve, si alguien dice que tiene fe, pero no tiene obras? ¿Puede la fe salvarlo?' Sin embargo, diré, lo más brevemente que pueda, también yo qué pienso sobre esa sentencia del apóstol Pablo difícil de entender; siempre que se mantenga principalmente aquello que concierne a mi profesión, que dije que preferiría escuchar a los mejores sobre esto. El fundamento es Cristo en la estructura del arquitecto sabio; esto no necesita exposición: se dijo claramente, 'Porque nadie puede poner otro fundamento que el que está puesto, el cual es Jesucristo. Pero si Cristo, sin duda la fe de Cristo: porque por la fe habita Cristo en nuestros corazones, como dice el mismo apóstol (Efes. III, 17). Por lo tanto, si la fe de Cristo, ciertamente aquella que definió el Apóstol, 'que obra por el amor'. Porque no es la fe de los demonios, cuando también ellos creen y tiemblan, y confiesan a Jesús como el Hijo de Dios, la que puede ser tomada en el fundamento. ¿Por qué, si no porque no es la fe que obra por el amor, sino la que se expresa por el temor? Por lo tanto, la fe de Cristo, la fe de la gracia cristiana, es decir, esa fe que obra por el amor, puesta en el fundamento, no permite que nadie perezca. Pero qué significa edificar sobre este fundamento, oro, plata, piedras preciosas, y madera, heno, hojarasca, si intento disertar más sutilmente, temo que la misma exposición sea más difícil de entender: sin embargo, me esforzaré, tanto como el Señor me ayude, en exponer brevemente y tan claramente como pueda lo que siento. He aquí aquel que preguntó al buen maestro, qué bien haría para tener vida eterna; y escuchó que si quería entrar en la vida, debía guardar los mandamientos: y cuando preguntó cuáles mandamientos, se le dijo, 'No matarás, No cometerás adulterio, No robarás, No dirás falso testimonio, Honra a tu padre y a tu madre; y, Amarás a tu prójimo como a ti mismo. Haciendo esto en la fe de Cristo, ciertamente tendría la fe que obra por el amor. Ni amaría al prójimo como a sí mismo, a menos que recibiera el amor de Dios, sin el cual no se amaría a sí mismo. Pero si también hiciera lo que el Señor añadió, diciendo, 'Si quieres ser perfecto, ve, vende todo lo que tienes, y dalo a los pobres, y tendrás tesoro en el cielo; y ven, sígueme' (Mateo XIX, 16-21); edificaría sobre aquel fundamento, oro, plata, piedras preciosas: porque no pensaría sino en cómo agradar a Dios; y estos pensamientos son, según creo, oro, plata, piedras preciosas. Pero si estuviera apegado a sus riquezas con un cierto afecto carnal, aunque hiciera muchas limosnas con ellas, y no tramara fraude o robo para aumentarlas, o cayera en algún crimen o escándalo por el miedo a perderlas o disminuirlas (de lo contrario, ya de esta manera se apartaría de la estabilidad de aquel fundamento), pero debido al afecto carnal que tiene por ellas, por el cual no podría carecer de tales bienes sin dolor; edificaría sobre aquel fundamento madera, heno, hojarasca: especialmente si también tuviera esposa, de modo que incluso por ella pensara en las cosas del mundo, cómo agradar a su esposa. Estas cosas, por lo tanto, ya que son amadas con afecto carnal, no se pierden sin dolor, por eso quienes las tienen así, que tienen en el fundamento la fe que obra por el amor, y no anteponen estas cosas de

ninguna manera o por codicia, en la pérdida de ellas sufren detrimento, a través de un cierto fuego de dolor llegan a la salvación. De este dolor y detrimento, cada uno está más seguro cuanto menos las haya amado, o las haya tenido como si no las tuviera. Pero quien por mantener o adquirirlas, comete homicidio, adulterio, fornicación, idolatría, y cosas semejantes, no será salvo por el fundamento a través del fuego, sino que, habiendo perdido el fundamento, será atormentado por el fuego eterno.

7. «Por lo tanto, aquello que dicen, queriendo probar cuánto vale la sola fe, cuando el Apóstol dice: "Pero si el infiel se separa, que se separe; pues no está el hermano o la hermana sujeto a servidumbre en tal caso" (I Cor. VII, 15); es decir, que por la fe en Cristo incluso la esposa legítima, unida en sociedad, sea dejada sin culpa alguna, si no quiere permanecer con su esposo cristiano por el hecho de que es cristiano: no consideran que de esa manera ella es correctamente dejada, si le dice a su esposo: "No seré tu esposa, a menos que me amontones riquezas incluso del robo, o a menos que, siendo cristiano, ejerzas los acostumbrados lenocinios con los que mantenías nuestra casa"; o si conocía en su esposo algo delictivo o escandaloso que la deleitaba, ya fuera para satisfacer su lujuria, tener una vida fácil, o incluso para andar más adornada. Pues entonces, aquel a quien su esposa le dice esto, si verdaderamente ha hecho penitencia de las obras muertas cuando se acercó al Bautismo, y tiene en el fundamento la fe que obra por el amor, sin duda alguna estará más atado por el amor de la gracia divina que por el de la carne conyugal, y amputará con fuerza el miembro que lo escandaliza. Cualquiera que sea el dolor del corazón que sufra en esta separación por el afecto carnal de su cónyuge, este es el daño que padecerá, este es el fuego por el cual, al arder el heno, él mismo será salvado. Pero si ya tenía a su esposa como si no la tuviera, no por concupiscencia, sino por misericordia, para quizás salvarla, devolviendo más que exigiendo el débito conyugal; ciertamente no sufrirá carnalmente cuando tal matrimonio se separe de él: pues no pensaba en ella, sino en las cosas de Dios, cómo agradar a Dios (I Cor. VII, 29-34). Y por tanto, en la medida en que edificaba sobre ese fundamento oro, plata y piedras preciosas con esos pensamientos, en esa medida no sufriría daño alguno, en esa medida su estructura, que no era de heno, no sería quemada por ningún incendio.

8. «Por lo tanto, ya sea que los hombres sufran estas cosas solo en esta vida, o que también después de esta vida sigan ciertos juicios, no se aparta, según creo, de la razón de la verdad esta interpretación de esta sentencia. Sin embargo, incluso si hay otra que no se me ocurre, que sea preferible; mientras mantengamos esta, no nos vemos obligados a decir a los injustos, a los no sometidos, a los criminales, a los contaminados, a los parricidas, a los matricidas, a los homicidas, a los fornicadores, a los que se acuestan con hombres, a los secuestradores, a los mentirosos, a los perjuros, y a cualquier otra cosa que se oponga a la sana doctrina, que es según el Evangelio de la gloria del bienaventurado Dios (I Tim. I, 9-11): Si solo creéis en Cristo y recibís el sacramento de su Bautismo, aunque no cambiéis esta vida pésima, seréis salvos.

9. «Por lo tanto, tampoco aquella mujer cananea nos da ejemplo, porque el Señor le concedió lo que pedía, después de haber dicho: "No está bien tomar el pan de los hijos y echarlo a los perros"; porque aquel que ve el corazón vio que había cambiado, cuando la alabó. Y por eso no dijo: "¡Oh perro, grande es tu fe!", sino: "¡Oh mujer, grande es tu fe!" (Mat. XV, 26, 28). Cambió el término porque vio cambiado el afecto, y reconoció que aquella corrección había llegado a buen fruto. Me sorprendería, sin embargo, si alababa en ella una fe sin obras, es decir, una fe que ya no podía obrar por el amor, una fe muerta, y lo que Santiago no dudó en decir, una fe no de cristianos, sino de demonios. Finalmente, si no quieren entender que esta cananea cambió sus malos hábitos cuando Cristo la reprendió con desprecio y corrección: que

sanen a sus hijos, si pueden, como fue sanada la hija de la mujer cananea; pero no los hagan miembros de Cristo, mientras ellos mismos no dejan de ser miembros de una prostituta» (De fide et Operibus, cap. 14-16).

10. Asimismo, en el libro titulado "De Fide, Spe, et Charitate", que escribí a mi hijo, tu hermano Lorenzo, estas son mis palabras sobre este asunto: «Se cree, digo, por algunos, que incluso aquellos que no abandonan el nombre de Cristo, y son bautizados en su lavacro en la Iglesia, y no son cortados de ella por ningún cisma o herejía, aunque vivan en cualquier cantidad de crímenes, que no los limpian con penitencia ni los redimen con limosnas, sino que perseveran en ellos hasta el último día de esta vida, serán salvos por el fuego; aunque por la magnitud de sus crímenes y escándalos sean castigados por un fuego prolongado, no eterno. Pero quienes creen esto, y sin embargo son católicos, me parecen errar por una cierta benevolencia humana: pues la Escritura divina responde otra cosa cuando se le consulta. He escrito un libro sobre esta cuestión, cuyo título es "De Fide et Operibus"; donde, según las Sagradas Escrituras, tanto como pude con la ayuda de Dios, demostré que esa fe salva, la cual Pablo apóstol expresó claramente, diciendo: "En Cristo Jesús ni la circuncisión vale algo, ni la incircuncisión, sino la fe que obra por el amor" (Gál. V, 6). Pero si obra mal, y no bien, sin duda alguna, según el apóstol Santiago, está muerta en sí misma. Él también dice: "Si alguien dice que tiene fe, pero no tiene obras, ¿podrá la fe salvarlo?" Por lo tanto, si un hombre malvado será salvado por el fuego solo por la fe, y así debe entenderse lo que dijo el bienaventurado Pablo, "él mismo será salvo, pero como por fuego", entonces la fe podrá salvar sin obras, y será falso lo que dijo su coapóstol Santiago: será falso también lo que el mismo Pablo dijo: "No os engaños; ni los fornicadores, ni los idólatras, ni los adúlteros, ni los afeminados, ni los que se acuestan con hombres, ni los ladrones, ni los avaros, ni los borrachos, ni los maldicientes, ni los rapaces heredarán el reino de Dios". Porque si incluso perseverando en estos crímenes, sin embargo, por la fe en Cristo serán salvos, ¿cómo no estarán en el reino de Dios?

11. «Pero como estos testimonios apostólicos son clarísimos y no pueden ser falsos; aquello que se dijo oscuramente, sobre aquellos que edifican sobre el fundamento, que es Cristo, no oro, plata, piedras preciosas, sino madera, heno, paja (pues de estos se dijo que serán salvos por el fuego, porque por el mérito del fundamento no perecerán), debe entenderse de tal manera que no se encuentre contrario a estos manifiestos. Pues la madera, el heno y la paja no absurdamente pueden ser tomadas como deseos de cosas mundanas, aunque lícitamente concedidas, de tal manera que no puedan perderse sin dolor del alma. Pero cuando este dolor quema, si Cristo tiene lugar en el corazón del fundamento, es decir, que no se le anteponga nada, y el hombre que es quemado por tal dolor prefiere carecer de las cosas que ama de esta manera, que de Cristo; es salvo por el fuego. Pero si en tiempo de tentación prefiere retener tales cosas que a Cristo, no lo tenía en el fundamento; porque tenía estas cosas en primer lugar, cuando en el edificio no hay nada antes que el fundamento. Pues el fuego, del que habló el apóstol Pablo en ese lugar, debe entenderse de tal manera que ambos pasen por él; es decir, tanto el que edifica sobre este fundamento oro, plata, piedras preciosas, como el que edifica madera, heno, paja. Pues cuando dijo esto, añadió: "La obra de cada uno será probada por el fuego. Si la obra de alguno permanece, recibirá recompensa. Si la obra de alguno se quema, sufrirá pérdida; pero él mismo será salvo, aunque como por fuego". Por lo tanto, no es la obra de uno de ellos, sino la de ambos, la que el fuego probará.

12. «Hay un cierto fuego de tentación de tribulación, del cual está escrito claramente en otro lugar: "El horno prueba los vasos del alfarero, y la tentación de tribulación a los hombres justos" (Ecli. XXVII, 6). Este fuego, en esta vida interina, hace lo que dijo el Apóstol, si sucede a dos fieles, a uno que piensa en las cosas de Dios, cómo agradar a Dios, es decir,

edificando sobre el fundamento de Cristo oro, plata, piedras preciosas; y al otro que piensa en las cosas del mundo, cómo agradar a su esposa, es decir, edificando sobre el mismo fundamento madera, heno, paja: pues la obra de aquel no se quema, porque no amó las cosas cuya pérdida lo afligiría; pero la obra de este se quema, porque no perecen sin dolor las cosas que se poseyeron con amor. Pero porque, cuando se le propone una u otra condición, prefiere carecer de ellas que de Cristo, y no abandona a Cristo por temor a perder tales cosas, aunque sufra al perderlas; es salvo, aunque como por fuego: porque lo quema el dolor de las cosas que amaba, perdidas; pero no lo derriba ni consume, protegido por la estabilidad e incorruptibilidad del fundamento.

13. Algo similar también puede suceder después de esta vida, y si es así, puede investigarse: y puede encontrarse, o permanecer oculto, que algunos fieles sean purgados por un cierto fuego purgatorio, cuanto más o menos amaron las cosas percederas, tanto más tarde o más pronto sean salvados; pero no tales, de los cuales se dijo que no poseerán el reino de Dios, a menos que se les perdonen convenientemente los mismos crímenes con penitencia. Dije convenientemente, para que no sean estériles en limosnas, a las cuales la Escritura divina otorga tanto, que el Señor anuncia que solo imputará su fruto a los de la derecha, y solo su esterilidad a los de la izquierda; cuando les dirá a estos: "Venid, benditos de mi Padre, recibid el reino"; y a aquellos: "Id al fuego eterno" (De Fide, Spe et Charitate, cap. 67-69).» Creo que estas respuestas de mis dos obras han sido suficientes para tu pregunta.

14. Sobre aquella sentencia del Señor, "No saldrás de allí hasta que pagues el último cuadrante"; no fue necesario que yo respondiera, ya que tú mismo resolviste la cuestión con una expresión similar del Evangelio donde está escrito: "No la conoció hasta que dio a luz". Sin embargo, para no ocultarte mi pensamiento sobre este asunto, desearía si fuera posible; más bien, quiero, si es posible, ser superado por la verdad en esta cuestión. Pues aquello que se dice, que en algún momento, aunque después de mucho tiempo, aquellos que mueren en la comunión católica, aunque hayan vivido hasta el final de esta vida de manera muy escandalosa y criminal, saldrán de los castigos vengadores, toca más familiarmente mi afecto, que tenemos hacia aquellos que comparten con nosotros los Sacramentos del cuerpo y la sangre de Cristo; aunque odiamos sus costumbres perdidas, que la disciplina eclesiástica no puede corregir, ni separarlos de la mesa del Señor: pero quiero ser vencido por esa verdad que no resiste a las Escrituras sagradas más claras. Pues lo que resiste, no debe llamarse verdad por ninguna razón, ni considerarse. Pero mientras tanto, hasta que escuchemos o leamos algo así, escuchemos a quien dice: "No os engañéis; ni los fornicadores, ni los idólatras, etc., poseerán el reino de Dios". Porque si son tales las cosas que se dicen en contra, que no pueden llevar la manifestación de estas palabras apostólicas a otros sentidos, ciertamente el mismo apóstol nos ha instruido contra ellas, y ha querido que estemos preparados, diciendo: "Pero sabed esto, entendiendo que ningún fornicador, o impuro, o avaro, que es idolatría, tiene herencia en el reino de Cristo y de Dios, que nadie os engañe con palabras vanas" (Efes. V, 5, 6). Por lo tanto, cuando escuchemos que algunos fornicadores, impuros y avaros serán salvados por el fuego, para que tengan herencia en el reino de Cristo y de Dios, no nos volvamos sordos contra este que clama y dice: "Todo fornicador, o impuro, o avaro no tiene herencia en el reino de Cristo y de Dios"; y no consintamos en esas palabras contra el que inmediatamente añade: "Que nadie os engañe con palabras vanas".

CUESTIÓN II.---¿Si la ofrenda que se hace por los muertos les beneficia? Receptáculos de las almas antes de la resurrección.

1. Tu segunda pregunta es: «Si la ofrenda que se hace por los que descansan, beneficia en algo a sus almas; ya que evidentemente somos aliviados o cargados por nuestros propios actos: si bien leemos que en el infierno nadie puede ya confesar al Señor. A lo cual muchos dicen que si algún beneficio puede haber en este lugar después de la muerte, cuánto más se proporcionaría alivio a sí misma el alma, confesando allí sus pecados por sí misma, que con la ofrenda procurada por otros para su alivio.»

2. Dije algo sobre este asunto en el libro que recientemente escribí al santo obispo Paulino de Nola, cuando me consultó si la sepultura que se hace en las memorias de los mártires beneficia en algo a los espíritus de los muertos. De allí es esto, que inserto en estas cartas para ti: «Durante mucho tiempo, digo, he sido deudor de respuestas a tu Santidad, venerable coobispo Paulino, desde que me escribiste a través de los hombres de nuestra hija muy religiosa Flora, preguntándome si beneficia a alguien después de la muerte, que su cuerpo sea sepultado en la memoria de algún santo. Pues la viuda mencionada te había pedido esto, por su hijo fallecido en esas partes, y le escribiste consolándola, y también informándole que se había cumplido con el cadáver del joven fiel Cynegius, que deseó con afecto materno y piadoso, que fuera colocado en la basílica del beatísimo confesor Félix. Por esta ocasión, sucedió que a través de los mismos portadores de tus cartas también me escribiste, planteando esta cuestión; y exigiendo que respondiera lo que me parecía sobre esto, sin ocultar tú mismo lo que sientes. Pues dices que te parece que no son vanos los movimientos de los ánimos religiosos y fieles que cuidan estas cosas por los suyos. Añades también, que no puede ser en vano que toda la Iglesia suplique por los difuntos: para que de aquí también se pueda conjeturar que beneficia al hombre después de la muerte, si por la fe de los suyos se le proporciona un lugar tal para enterrar su cuerpo, en el que aparezca la ayuda de los santos buscada incluso de esta manera.

3. «Pero siendo así estas cosas, cómo no es contrario a esta opinión lo que dice el Apóstol: "Porque todos compareceremos ante el tribunal de Cristo, para que cada uno reciba según lo que haya hecho por medio del cuerpo, sea bueno o malo" (II Cor. V, 10), no ves claramente, según significas. Pues esta sentencia apostólica advierte que se haga antes de la muerte lo que pueda beneficiar después de la muerte; no entonces cuando ya se ha de recibir lo que cada uno haya hecho antes de la muerte. Sin embargo, esta cuestión se resuelve de esta manera, porque por un cierto modo de vida se adquiere, mientras se vive en este cuerpo, que estas cosas ayuden a los difuntos: y por lo tanto, según lo que haya hecho por medio del cuerpo, se le ayuda con lo que religiosamente se haga por él después de dejar el cuerpo. Pues hay quienes no son ayudados en absoluto por estas cosas; ya sea porque se hacen por aquellos cuyos méritos son tan malos que no son dignos de ser ayudados con tales cosas; o por aquellos cuyos méritos son tan buenos que no necesitan de tales ayudas. Por lo tanto, por el modo de vida que haya llevado cada uno por medio del cuerpo, se hace que le beneficien o no le beneficien, cualquiera de las cosas que se hagan por él piadosamente, cuando haya dejado el cuerpo. Pues el mérito, por el cual estas cosas beneficien, si no se adquirió en esta vida, se busca en vano después de esta vida. Así se hace que ni la Iglesia, ni el cuidado de los suyos, ofrezcan en vano lo que puedan de religión por los difuntos, y sin embargo, cada uno reciba según lo que haya hecho por medio del cuerpo, sea bueno o malo, devolviendo el Señor a cada uno según sus obras. Pues para que lo que se ofrece pueda beneficiarle después del cuerpo, se adquirió en esa vida que llevó en el cuerpo» (De Cura pro Mort. ger., cap. 1).

4. También dije algo similar a Lorenzo, que se expresa de esta manera: «El tiempo, digo, que se interpone entre la muerte del hombre y la última resurrección, contiene las almas en receptáculos ocultos, según cada una sea digna de descanso o de aflicción, por lo que obtuvo en la carne mientras vivía. Ni se debe negar que las almas de los difuntos son aliviadas por la

piEDAD de sus vivos, cuando se ofrece por ellas el sacrificio del Mediador, o se hacen limosnas en la Iglesia. Pero estas cosas benefician a aquellos que, mientras vivían, merecieron que estas cosas les pudieran beneficiar después. Pues hay un cierto modo de vivir, ni tan bueno que no requiera estas cosas después de la muerte; ni tan malo que no le beneficien estas cosas después de la muerte: hay ciertamente tal en el bien, que no requiere de estas cosas; y hay también tal en el mal, que no puede ser ayudado por estas cosas, cuando esta vida ha pasado. Por lo tanto, aquí se adquiere todo el mérito por el cual después de esta vida alguien pueda ser aliviado o cargado. Nadie, sin embargo, espere merecer ante Dios lo que aquí descuidó, cuando haya muerto. Por lo tanto, estas cosas que la Iglesia frecuenta para encomendar a los difuntos, no son contrarias a aquella sentencia apostólica, en la que se dijo: "Porque todos compareceremos ante el tribunal de Cristo, para que cada uno reciba según lo que haya hecho por medio del cuerpo, sea bueno o malo"; porque también este mérito se adquirió cuando vivía en el cuerpo, para que estas cosas pudieran beneficiarle. Pues no benefician a todos; y ¿por qué no benefician a todos, sino por la diferencia de vida que cada uno llevó en el cuerpo? Por lo tanto, cuando se ofrecen sacrificios, ya sea del altar, o de cualquier limosna por los bautizados difuntos, por los muy buenos son acciones de gracias; por los no muy malos son propiciaciones; por los muy malos, aunque no sean ayudas para los muertos, son de alguna manera consuelos para los vivos. Pero a quienes benefician, o benefician para que haya plena remisión, o ciertamente para que la misma condenación sea más tolerable» (Enchir., capp. 109, 110).

CUESTIÓN III.---1. Si en la venida del Señor el juicio será inmediato, o si morirán aquellos que serán arrebatados en las nubes para recibir al Señor. El Símbolo como regla de fe.

1. Tu tercera pregunta es: «Si se debe creer que el juicio ocurrirá inmediatamente con la venida del Señor, o si habrá un intervalo de tiempo. En los días de su venida, ya que leemos, dices, que aquellos que sobrevivan serán arrebatados en las nubes para encontrarse con Cristo en el aire, y así estarán siempre con el Señor; deseo saber si el juicio acompañará inmediatamente la venida; y si aquellos que sean arrebatados en las nubes, serán liberados de la muerte: a menos que debamos entender la misma transformación como una especie de muerte.» 2. A esta pregunta tuya, en la que preguntas si se debe creer que el juicio ocurrirá inmediatamente con la venida del Señor, creo que basta con la fe del Símbolo, en la que confesamos que Cristo vendrá desde la diestra del Padre para juzgar a vivos y muertos. Por lo tanto, siendo esta la causa de su venida, ¿qué otra cosa hará inmediatamente al venir, sino aquello para lo que viene? En cuanto a aquellos que serán arrebatados en las nubes, en una carta que escribí a mi hijo llamado Mercator, sin duda bien conocido por ustedes, cuando me consultó sobre ciertas cuestiones de los pelagianos, quienes niegan que la muerte sea una retribución por el pecado, en lo que discutí, lee en lo siguiente: «Aquellos, digo, de quienes habló el Apóstol cuando hablaba de la resurrección de los muertos, Y nosotros los que vivimos, los que quedamos, seremos arrebatados juntamente con ellos en las nubes para recibir al Señor en el aire; y así estaremos siempre con el Señor; ciertamente plantean alguna cuestión, pero por sí mismos, no por estos: pues aunque no estén destinados a morir, no veo en absoluto cómo esto ayuda a aquellos, ya que se pueden decir cosas similares sobre ellos como se dijeron sobre aquellos dos, a saber, Enoc y Elías. Pero en verdad, en cuanto a las palabras del bendito Apóstol, parece afirmar que algunos, al final del mundo con la venida del Señor, cuando será la resurrección de los muertos, no morirán, sino que serán encontrados vivos, transformados repentinamente en aquella inmortalidad que también se da a los demás santos, y arrebatados juntamente con ellos, como dice, en las nubes: y no he visto otra cosa, cada vez que he querido pensar en estas palabras.

3. «Pero quisiera escuchar de los más doctos sobre esto; no sea que incluso aquellos que piensan que algunos serán vivificados sin preceder la muerte, al pasar a la vida eterna, encuentren que el Apóstol dice: Necio, lo que siembras no es vivificado, si no muere. Pues también aquello que se lee en muchos códices, Todos resucitaremos (1 Cor. XV, 36, 51), ¿cómo podría ser, si no morimos todos? Porque no hay resurrección si no ha precedido la muerte. Y lo que algunos códices tienen, Todos dormiremos, mucho más fácilmente y claramente se entiende; y si se encuentra algo similar en las Sagradas Escrituras, parece impulsar a que ningún hombre sea considerado que alcanzará la inmortalidad, si no ha precedido la muerte. Por lo tanto, cuando el Apóstol dijo, Y nosotros los que vivimos, los que quedamos hasta la venida del Señor, no precederemos a los que durmieron. Porque el mismo Señor con mandato y con voz de arcángel, y con trompeta de Dios descenderá del cielo; y los muertos en Cristo resucitarán primero: luego nosotros los que vivimos, los que quedamos, seremos arrebatados juntamente con ellos en las nubes para recibir al Señor en el aire; y así estaremos siempre con el Señor (1 Tes. IV, 14-16); quisiera, como dije, escuchar de los más doctos sobre estas palabras: y si pudieran exponerme esto de tal manera que se pueda entender que todos los hombres que viven, o que vivirán después de nosotros, están destinados a morir, corregiría lo que alguna vez sentí de manera diferente sobre esto. Pues no debemos ser maestros indóciles: y ciertamente es mejor que un hombre perverso sea corregido, que un hombre duro sea quebrantado; cuando con lo que escribimos, se ejercita y se educa nuestra debilidad o la de otros, de tal manera que en ellos no se constituya ninguna autoridad canónica.

4. «Pero si en estas palabras del Apóstol no se puede encontrar otro sentido, y se aclara que quiso ser entendido lo que las mismas palabras parecen clamar; es decir, que habrá en el fin del mundo y en la venida del Señor, quienes no serán despojados del cuerpo, sino revestidos de inmortalidad, para que lo mortal sea absorbido por la vida (2 Cor. V, 4): sin duda esta sentencia convendrá con lo que confesamos en la regla de fe, que el Señor vendrá a juzgar a vivos y muertos; para que no entendamos aquí a los justos vivos, y a los injustos muertos, aunque justos e injustos serán juzgados; sino a los vivos que aún no han salido, y a los muertos que ya han salido de los cuerpos, que su venida encontrará. Si esto se establece así, aquellas palabras deberán ser examinadas, cómo podemos entender, Lo que siembras no es vivificado, si no muere; y, Todos resucitaremos, o, Todos dormiremos, para que no se opongan a esta sentencia, en la que algunos se creen que vivirán eternamente con sus cuerpos sin haber probado la muerte.

5. «Pero cualquiera de estas interpretaciones que se encuentre más verdadera y perspicaz, ¿qué importará para la causa de estos, ya sea que todos sean castigados con la muerte debida, o que algunos sean eximidos de esta condición; cuando sin embargo está claro que no solo la muerte del alma, sino también la del cuerpo no habría seguido, si no hubiera precedido el pecado; y que los justos reviven a la eterna bienaventuranza por la virtud más admirable de la gracia, que no venir a la experiencia de la muerte? Esto se ha dicho suficientemente para aquellos sobre los que me escribiste; aunque ya no creo que digan que incluso si Adán no hubiera pecado, habría muerto corporalmente.

6. «En cuanto a la cuestión de la resurrección, respecto a aquellos que se cree que no morirán, sino que pasarán de esta mortalidad a la inmortalidad sin una muerte intermedia, se debe aplicar una investigación más diligente; y si has escuchado, leído, o incluso puedes aún escuchar, leer o concebir algo resuelto y definido sobre esto mediante una discusión razonable y perfecta, te pido que no te niegues a enviármelo. Pues yo, lo confieso a tu Caridad, prefiero aprender que enseñar: porque también se nos advierte por el apóstol Santiago, Sea todo hombre pronto para oír, tardo para hablar (Santiago I, 19). Así que para

aprender, debe invitarnos la dulzura de la verdad; pero para enseñar, nos debe obligar la necesidad de la caridad: donde más bien se debe desear que pase esta necesidad por la cual un hombre enseña algo a otro hombre, y seamos todos enseñados por Dios; aunque también lo somos, cuando aprendemos lo que pertenece a la verdadera piedad, incluso cuando parece que un hombre lo enseña. Porque ni el que planta es algo, ni el que riega; sino Dios, que da el crecimiento (1 Cor. III, 7). Por lo tanto, si Dios no diera el crecimiento, los Apóstoles no serían nada como plantadores y regadores; cuánto más yo o tú, o cualquier hombre de este tiempo, cuando nos parecemos ser maestros» (Epístola 193, cap. 4, n. 9-13).

PREGUNTA IV.---Cómo se bendice a los hijos de los justos en el Salmo.

1. Tu cuarta pregunta es: «¿Por qué dijo David, Poderosa en la tierra será su descendencia, la generación de los rectos será bendecida (Salmo CXI, 2); cuando sabemos que los hijos de los justos han sido y son maldecidos, y los de los injustos han sido y son bendecidos?»

2. A esta pregunta respondo con la exposición del mismo Salmo, que cuando lo traté en el pueblo dije: «Bienaventurado el hombre que teme al Señor, en sus mandamientos se deleitará en gran manera. Que Dios, quien solo juzga verdadera y misericordiosamente, vea cuánto progresa este en sus mandamientos. Porque la vida humana es una tentación sobre la tierra, como dice el santo Job (Job VII, 1). Y de nuevo está escrito: Porque el cuerpo que se corrompe, agrava el alma, y la morada terrenal deprime el sentido que piensa en muchas cosas (Sab. IX, 15). Pero quien nos juzga es el Señor: y no debemos juzgar antes de tiempo, hasta que venga el Señor, y ilumine lo oculto de las tinieblas, y manifieste los pensamientos del corazón; y entonces la alabanza será para cada uno de Dios (1 Cor. IV, 4, 5). Que vea, pues, cuánto progresa cada uno en sus mandamientos: sin embargo, se deleitará en gran manera quien haya amado la paz de esa edificación conjunta; y no debe ya desesperar, porque en sus mandamientos se deleitará en gran manera, y paz en la tierra a los hombres de buena voluntad (Luc. II, 14).

3. «De ahí, Poderosa en la tierra será su descendencia. La semilla de la futura cosecha, las obras de misericordia, lo testifica el Apóstol, quien dice, No nos cansemos de hacer el bien; porque a su tiempo segaremos (Gál. VI, 9): y de nuevo, Esto digo, el que siembra escasamente, escasamente segará (2 Cor. IX, 6). Pero, hermanos, ¿qué más poderoso que comprar el reino de los cielos, no solo Zaqueo con la mitad de sus bienes (Luc. XIX, 8), sino también la viuda con dos blancas (Mar. XII, 42), y que ambos posean allí lo mismo? ¿Qué más poderoso que el mismo reino valga tanto para el rico con sus tesoros, como para el pobre con un vaso de agua fría? Pero hay quienes hacen estas cosas mientras buscan lo terrenal, ya sea esperando aquí la recompensa del Señor, o deseando agradar a los hombres: pero, La generación de los rectos será bendecida; es decir, las obras de aquellos cuyo Dios es bueno para Israel, para los rectos de corazón; pero el corazón recto es no resistir al padre que corrige, y creer al que promete: no de aquellos cuyos pies se mueven, y se derraman sus pasos y caen, como se canta en otro salmo, mientras envidian a los pecadores viendo la paz de los pecadores, y piensan que sus obras perecen, porque no se les da una recompensa precedera (Sal. LXXII, 1-14). Pero este hombre que teme al Señor, y se adapta al templo santo de Dios con la conversión de un corazón recto, ni busca la gloria de los hombres, ni codicia las riquezas terrenales; y sin embargo, Gloria y riquezas en su casa. Porque su casa es su corazón; donde, alabando a Dios, habita más ricamente con la esperanza de la vida eterna, que, adulando a los hombres, en techos de mármol y artesonados con el temor de la muerte eterna. Porque su justicia permanece para siempre: esa es su gloria, esas son sus riquezas. Pero la púrpura y el lino fino y los espléndidos banquetes de aquel, incluso cuando están presentes, pasan; y cuando llegan al fin, deseando una gota de agua de un dedo que gotea,

clamará con la lengua ardiente» (Luc. XVI, 19-24). [Estas son las cosas que recuerdo haber expuesto en el dicho salmo (Enarr. in Psal. III, nn. 2, 3), y ahora considero que son suficientes para la solución de tu pregunta propuesta en cuarto lugar]. En quinto lugar, propusiste algo sobre lo que prometí discutir después de todo.

PREGUNTA VI.---Si Samuel fue realmente evocado del infierno por la pitonisa. Tal vez fue un fantasma de Samuel, no su espíritu. Cómo los demonios conocen el futuro.

1. Tu sexta proposición es: «Si según la historia del libro de los Reyes, la pitonisa realmente evocó al profeta Samuel del infierno» (1 Sam. XXVIII, 7-19).

2. Esto me lo preguntó alguna vez el obispo Simpliciano de Milán, de bendita memoria. Así que lee lo que le respondí: «También preguntas, digo, si el espíritu inmundo que estaba en la pitonisa pudo hacer que Samuel fuera visto por Saúl y hablara con él. Pero es un milagro mucho mayor que el mismo Satanás, príncipe de todos los espíritus inmundos, pudo hablar con Dios, y pedir tentar al justísimo Job (Job I, 11): quien también pidió tentar a los Apóstoles (Luc. XXII, 31). O si esto no tiene una cuestión difícil, porque la verdad presente habla a través de cualquier criatura que quiera, a cualquier criatura que quiera, y no es por tanto de gran mérito para quien Dios habla: pues importa qué es lo que habla; porque también el emperador no habla con muchos inocentes, a quienes prudentemente cuida para su salvación; y habla con muchos culpables, a quienes ordena matar: si, por tanto, no hay cuestión aquí; no hay cuestión de cómo también un espíritu inmundo pudo hablar con el alma de un hombre santo. Porque Dios, creador y santificador de todos los santos, es sin duda mucho mayor. Si esto preocupa, que se le haya permitido al espíritu maligno excitar el alma de un justo, y como si fuera a evocar de los ocultos receptáculos de los muertos; ¿no es más admirable que Satanás asumió al mismo Señor y lo puso sobre el pináculo del templo (Mat. IV, 5)? Porque de cualquier manera que lo haya hecho, también el modo en que se hizo para que Samuel fuera excitado, permanece oculto. A menos que alguien diga que fue más fácil para el diablo tener licencia para asumir al Señor vivo de donde quiso, y ponerlo donde quiso, que para excitar el espíritu de Samuel ya fallecido de sus moradas. Si eso en el Evangelio no nos perturba, porque el Señor quiso y permitió que se hiciera sin ninguna disminución de su poder y divinidad; como también permitió ser tomado, atado, burlado, crucificado e incluso muerto por los mismos judíos, aunque perversos e inmundos y haciendo las obras del diablo: no es absurdo creer que por alguna disposición de la voluntad divina se permitió, para que no involuntariamente ni por el poder mágico dominante y subyugante, sino voluntariamente y obedeciendo a la disposición oculta de Dios, que también la pitonisa y Saúl desconocían, el espíritu del santo profeta consintiera en mostrarse a los ojos del rey, para golpearlo con la sentencia divina. Porque, ¿por qué el alma de un buen hombre, si es llamada por los vivos malos y viene, parecería perder su dignidad; cuando también los vivos buenos a menudo son llamados a los malos, y actúan con ellos según lo que el deber de la equidad requiere, manteniendo y sin perder el decoro de su virtud?

3. «Aunque en este hecho puede haber otra salida más fácil y un entendimiento más expedito, para que no creamos que el espíritu de Samuel fue realmente excitado de su descanso, sino alguna fantasía, y una ilusión imaginaria hecha por las maquinaciones del diablo, que la Escritura llama Samuel por el hecho de que las imágenes de las cosas suelen ser llamadas por los nombres de las cosas de las que son imágenes. Así como todo lo que se pinta y se modela de alguna materia de metal o madera, o de cualquier cosa apta para obras de este tipo, y lo que también se ve en sueños, y casi todas las imágenes, se suelen llamar por los nombres de las cosas de las que son imágenes. Porque, ¿quién duda en llamar hombre a un hombre pintado? Ya que incluso cuando miramos un cuadro o una pared, decimos, Ese es Cicerón,

ese es Salustio, ese es Aquiles, ese es Héctor, ese río es el Simois, esa es Roma; cuando no son más que imágenes pintadas. Por lo tanto, los querubines, aunque son potestades celestiales, sin embargo, las figuras hechas de metal, que Dios ordenó, sobre el arca del Testamento, para significar una gran cosa, también se llaman querubines (Éxodo XXV, 18). Además, quien ve un sueño, no dice, Vi la imagen de Agustín o de Simpliciano; sino, Vi a Agustín o a Simpliciano: cuando en el momento en que vio algo así, nosotros lo ignorábamos; hasta tal punto es evidente que no se ven las personas mismas, sino sus imágenes. Y Faraón dijo que vio espigas en sueños y vacas (Gén. XLI, 17-24), no imágenes de espigas o vacas. Si, por tanto, está claro que las imágenes se llaman por los nombres de las cosas de las que son imágenes; no es de extrañar que la Escritura diga que se vio a Samuel, incluso si tal vez apareció una imagen de Samuel, por la maquinación de aquel que se transfigura como ángel de luz, y a sus ministros como ministros de justicia (2 Cor. XI, 14, 15).

4. «Ahora bien, si preocupa cómo el espíritu maligno predijo cosas verdaderas a Saúl, también puede parecer sorprendente cómo los demonios reconocieron a Cristo (Mat. VIII, 29), a quien los judíos no reconocían. Pues cuando Dios quiere que incluso los espíritus más bajos e infernales hagan conocer a alguien cosas verdaderas, solo temporales y relacionadas con esta mortalidad, es fácil y no incongruente que el omnipotente y justo, para el castigo de aquellos a quienes se les predicen estas cosas, les haga sufrir anticipadamente el mal que les amenaza, impartiendo algo de adivinación a tales espíritus mediante el oculto aparato de sus ministerios, para que lo que oyen de los ángeles lo anuncien a los hombres. Sin embargo, solo oyen tanto como el Señor y moderador de todo ordena o permite. Por eso también el espíritu pitónico en los Hechos de los Apóstoles da testimonio del apóstol Pablo e intenta ser evangelista (Hech. XVI, 17). No obstante, estos mezclan engaños y anuncian lo que han podido conocer no con el fin de enseñar, sino de engañar. Y tal vez esto es lo que ocurrió cuando aquella imagen de Samuel predijo a Saúl que moriría, diciendo también que estaría con él, lo cual ciertamente es falso. Pues leemos en el Evangelio que los buenos se separan de los malos por un gran intervalo después de la muerte, cuando el Señor testifica que entre aquel rico orgulloso, que ya sufría tormentos en el infierno, y aquel que yacía ulceroso a su puerta, ya establecido en el descanso, se interpuso un gran abismo (Luc. XVI, 26). O si Samuel le dijo a Saúl, 'Estarás conmigo', para referirse no a la igualdad de felicidad, sino a la misma condición de muerte, porque ambos eran hombres y ambos podían morir, y ya muerto anunciaba la muerte al vivo; tu prudencia, según creo, percibe que esa lectura tiene un sentido que no va contra la fe, a menos que, tal vez, mediante una investigación más profunda y compleja, que excede las limitaciones de mis fuerzas o de mi tiempo, se descubra claramente si el alma humana, al migrar de esta vida, puede o no ser evocada por cánticos mágicos para aparecer ante los vivos, incluso portando las líneas del cuerpo, de modo que no solo pueda ser vista, sino también reconocida. Y si puede, si también el alma justa, no obligada por ritos mágicos, sino dignándose a mostrarse obedeciendo a los mandatos más ocultos de la ley suprema: de modo que si se aclara que no puede ser, no se admitan ambos sentidos en el tratamiento y exposición de esta Escritura, sino que, excluyendo aquel, se entienda que la simulación imaginaria de Samuel fue hecha por un rito diabólico. Pero dado que, ya sea que eso pueda hacerse o no, la astuta operación de la simulación de imágenes de Satanás vigila de múltiples formas para engañar los sentidos humanos, aunque no prescribamos a investigaciones más diligentes, sin embargo, debemos considerar que algo así fue hecho por el maligno ministerio de aquella pitonisa, mientras no se nos permita concebir y explicar algo más» (Cuestiones a Simpliciano, libro 2, cuestión 3).

5. Estas son las cosas que entonces escribí sobre la pitonisa y Samuel. Pero no en vano dije que debemos considerar gradualmente que en este hecho se presentó una imagen simulada de Samuel por el maligno ministerio de la pitonisa, para no prescribir a investigaciones más diligentes; mi posterior investigación lo aclaró, cuando encontré en el libro del Eclesiástico, donde se alaba a los Padres en orden, que el mismo Samuel fue alabado de tal manera que se dijo que profetizó incluso muerto (Eclí. XLVI, 23). Pero si a este libro se le objeta por parte de los hebreos, porque no está en su canon, ¿qué diremos de Moisés, quien ciertamente murió en el Deuteronomio (Deut. XXXIV, 5), y en el Evangelio se lee que apareció vivo con Elías, quien no murió (Mat. XVII, 3)?

CUEST. VII.---Cómo Sara evitó el ultraje de Abimelec y del faraón.

1. Tu séptima proposición es, «Cómo satisfacer a quienes dicen que Sara no evitó el ultraje, cuando dicen que Abimelec fue apartado de su encuentro por un sueño (Gen. XX), y que el faraón fue introducido en su compañía (Id. XII)?»

2. No veo cómo dicen que el faraón fue introducido en su compañía, ya que la Escritura no obliga a creer esto. Pues él la tomó como esposa, y enseguida Abraham fue enriquecido con muchos regalos de los egipcios por causa de ella: pero no está escrito que el faraón durmiera con ella ni que se mezclara con ella; porque Dios, afligiéndolo con muchas y grandes plagas, no permitió que lo hiciera. Pues las mujeres agradables a los reyes para el matrimonio no se unían inmediatamente en carne. Sino que, como leemos en el libro que se titula Ester, durante varios meses, o más bien durante todo un año, sus cuerpos eran preparados con ungüentos, perfumes y aromas, antes de ser mezclados con el cuerpo real (Ester II, 12). En ese tiempo ocurrieron las cosas que están escritas, hasta que el faraón, quebrantado y aterrorizado, devolvió la esposa a su marido. Pero Abimelec, como fue prohibido por un sueño de su unión, por eso quienes sostienen que Sara no evitó el ultraje, piensan que el rey no pudo dormir para soñar sino después de haber estado con ella. Como si, dejando de lado el tiempo en que, como dije antes, se preparaban los cuerpos de las mujeres para el placer del rey, Dios no pudiera sumergirlo en el sueño antes de que se encontraran, y advertirle a través del sueño.

3. Diré lo que ocurrió en Mauritania Sitifense. Pues el Dios de los santos Padres, ¿no es también nuestro Dios? Un joven catecúmeno llamado Celticchio raptó a una viuda que había decidido vivir en continencia, para tenerla como esposa. Antes de que se unieran, presionado por el sueño y aterrorizado por un sueño, la devolvió intacta al obispo de Sitifense, quien la reclamaba vehementemente. Aún viven aquellos de quienes hablo. Él, bautizado y convertido al Señor por el milagro que ocurrió en él, llegó al episcopado con venerable probidad; ella persevera en santa viudez.

4. Pero lo que dije contra Fausto el Maniqueo, cuando calumniaba al padre Abraham, acusándolo de haber vendido a su esposa a dos reyes para concubinato, lo indican las cosas que añadí: «Pero al llamar al justo y fiel varón un infame mercader de su matrimonio, diciendo que por avaricia y por el vientre mintió a dos reyes, Abimelec y el faraón, en diferentes tiempos, que Sara, su esposa, era su hermana, porque era muy hermosa, y la vendió para concubinato; no separa la honestidad de la vileza con una boca veraz, sino que con una boca maledicente lo convierte todo en crimen. Pues este acto de Abraham parece similar a la lenocinio, pero no a quienes, desde la luz de aquella ley eterna, pueden discernir correctamente los hechos de los pecados, para quienes la constancia puede parecer terquedad; y la virtud de la confianza, un vicio de audacia; y lo que sea que se objete de manera similar a quienes no actúan correctamente por quienes no ven correctamente. Pues Abraham no consintió en el ultraje de su esposa, ni vendió su adulterio: sino que, así como ella no

permitió a su sierva al deseo de su marido, sino que la ofreció voluntariamente para el deber de engendrar, sin alterar el orden natural, donde su potestad era más bien mandando al obediente, que cediendo al concupiscente; así también él, con una esposa casta y de corazón casto unida a él, de cuyo ánimo, donde habita la virtud de la castidad, de ninguna manera dudaba, calló que era su esposa, dijo que era su hermana, para que, al ser él asesinado por extranjeros e impíos, no fuera poseída como cautiva; seguro de su Dios que no permitiría que sufriera nada vil y deshonoroso. Y su fe y esperanza no lo defraudaron. Pues el faraón, aterrorizado por los prodigios y afligido por muchos males por causa de ella, cuando supo divinamente que era su esposa, la devolvió ilesa con honor: y Abimelec, advertido y enseñado por un sueño, hizo lo mismo» (Contra Fausto, libro 22, cap., 33).

CUEST. VIII.---Finalmente, sobre el Espíritu de Dios que se movía sobre las aguas, si es el Espíritu Santo.

1. Finalmente, pides que se explique sobre el espíritu de Dios que se movía sobre las aguas. «Pues algunos afirman, dices, que es el Espíritu Santo; otros dicen que es el espíritu mundano, diciendo que el historiador no pudo enumerar al Creador entre las criaturas, ni asignarle un lugar, ya que está en todas partes, con el Padre y el Hijo.»

2. Entonces, lo que yo pienso de esto, lo he trasladado a esta obra desde el primer libro de los doce que escribí sobre el Génesis, como pude, no según alegorías, sino según la fe de los hechos: «En Dios hay una suma benignidad, santa y justa; y un amor que viene no de la indigencia, sino de la beneficencia hacia sus obras. Por eso, antes de que se escribiera, 'Dijo Dios, Sea la luz', la Escritura precedió diciendo, 'Y el espíritu de Dios se movía sobre las aguas'. Porque ya sea que quisiera llamar agua a toda la materia corporal, insinuando así de qué están hechas y formadas todas las cosas que ya podemos distinguir en sus géneros, llamándola agua, porque vemos que de la naturaleza húmeda todas las cosas en la tierra se forman y crecen en diversas especies; o una cierta vida espiritual antes de la forma de conversión como flotante: el Espíritu de Dios ciertamente se movía; porque estaba sujeto a la buena voluntad del Creador, cualquiera que fuera aquello que había comenzado a formar y perfeccionar: para que, al decir Dios en su Verbo, 'Sea la luz'; en su buena voluntad, es decir, en su beneplácito, permaneciera lo que fue hecho según el modo de su género; y por eso es recto lo que agradó a Dios, diciendo la Escritura, 'Y fue hecha la luz; y vio Dios que la luz era buena'. Para que, así como en el mismo principio de la criatura comenzada, que se mencionó con el nombre de cielo y tierra, por lo que de ella debía ser perfeccionado, se insinúa la Trinidad del Creador (pues al decir la Escritura, 'En el principio creó Dios el cielo y la tierra', entendemos al Padre en el nombre de Dios, y al Hijo en el nombre del principio, que no es principio para el Padre, sino para la criatura espiritual creada primero y principalmente por sí mismo, y consecuentemente también para toda la creación: pero al decir la Escritura, 'El Espíritu de Dios se movía sobre las aguas', reconocemos la completa mención de la Trinidad); así también en la conversión y perfección de la criatura, para que se dispongan las especies de las cosas, se insinúa la misma Trinidad: el Verbo de Dios, ciertamente, y el Generador del Verbo, cuando se dice, 'Dijo Dios'; y la santa Bondad; en la cual a Dios le agrada lo que le agrada, perfecto según el modo de su naturaleza, cuando se dice, 'Vio Dios que era bueno'.

3. «Pero, ¿por qué se menciona primero la criatura, aunque imperfecta, y después se menciona el Espíritu de Dios, diciendo primero la Escritura, 'La tierra estaba desordenada y vacía, y las tinieblas estaban sobre el abismo'; y luego añadiendo, 'Y el espíritu de Dios se movía sobre las aguas' (Gen. I, 1-4)? ¿O es porque el amor necesitado y carente ama de tal manera que se somete a las cosas que ama; por eso, cuando se menciona el Espíritu de Dios,

en el cual se entiende su santa benevolencia y amor, se dice que se movía, para que no se pensara que Dios ama sus obras por necesidad de indigencia más que por abundancia de beneficencia? De lo cual el apóstol, al recordar, dice que mostrará un camino sobreeminente (I Cor. XII, 31): y en otro lugar, 'La caridad de Cristo que sobrepasa el conocimiento' (Efe. III, 19). Entonces, como era necesario insinuar así el Espíritu de Dios, que se dijera que se movía, fue más conveniente que primero se insinuara algo comenzado, sobre lo cual se dijera que se movía; no en lugar, sino en potencia que todo lo supera y excede» (De Genesi ad litteram, libro 1, cap. 5-7, n. 11-13).

CUEST. V (que se trata en último lugar).---Cómo fue elegido David según el corazón de Dios. Cristo llamado David.

1. Ahora, presta atención a lo que puse para discutir. Preguntas «Por qué dijo el Señor, evidentemente presciente de los futuros, 'He elegido a David según mi corazón' (III Reg. VIII, 16); cuando este hombre cometió tales y tantas cosas.»

2. Lo cual, si lo entendemos dicho de ese mismo David, que fue rey de Israel tras la reprobación y muerte de Saúl; más bien porque Dios, presciente de los futuros, previó en él tanta piedad y tan verdadera penitencia, que estaría en el número de aquellos de quienes él mismo dice: 'Bienaventurados aquellos cuyas iniquidades son perdonadas, y cuyos pecados son cubiertos. Bienaventurado el hombre a quien el Señor no imputa pecado' (Sal. XXXI, 1, 2). Entonces, como Dios previó que pecaría, y que borraría sus pecados con pía humildad y sincera penitencia, ¿por qué no diría, 'He encontrado a David según mi corazón'; a quien no imputaría pecado, haciendo tantas cosas buenas, y viviendo con tanta piedad, y ofreciendo por sus pecados el sacrificio de un espíritu contrito? Por todas estas cosas se dijo muy verdaderamente, 'He encontrado a David según mi corazón'. Porque aunque según el corazón de Dios no fue lo que él pecó; sin embargo, según el corazón de Dios fue lo que satisfizo con penitencia adecuada por sus pecados. Por lo tanto, solo eso en él no fue según el corazón de Dios, lo que Dios no le imputó. Quitado esto, es decir, no imputado, ¿qué queda sino aquello por lo que muy verdaderamente se dijo, 'He encontrado a David según mi corazón'?

3. Pero si queremos entender esto proféticamente dicho de Cristo, no surgirá ningún nudo de cuestión; a menos que tal vez se nos pregunte cómo pudo llamarse a Cristo correctamente con este nombre. Pero respondemos que es por la descendencia de David, de la cual Cristo tomó carne. Y no sin ejemplo damos razón de este nombre en Cristo. Encontramos, de hecho, muy claramente a Jesucristo llamado David en el profeta Ezequiel, donde se lee de la persona de Dios Padre: 'Y levantaré sobre mis ovejas un pastor que las apacienta, mi siervo David; y él las apacientará, y él será su pastor: y yo, el Señor, seré su Dios, y mi siervo David príncipe en medio de ellos; yo, el Señor, he hablado. Y en otro lugar: 'Y un rey será para todos ellos, y no serán más dos naciones, ni se dividirán más en dos reinos, ni se contaminarán más con sus ídolos y abominaciones y con todas sus iniquidades: y los salvaré de todas sus moradas en las que pecaron, y los limpiaré. Y serán mi pueblo, y yo seré su Dios; y mi siervo David será rey sobre ellos, y un pastor será para todos ellos' (Ezequiel XXXIV, 23, 24, y XXXVII, 22-24). También el profeta Oseas, cuando predijo el tiempo de los judíos, como lo tienen ahora, y que después creerán en Cristo, profetizó a Cristo con el nombre de David, diciendo: 'Porque muchos días estarán los hijos de Israel sin rey, sin príncipe, sin sacrificio, sin altar, sin sacerdocio, sin manifestaciones. Así están ahora los judíos, nadie lo duda. Pero lo que dice el apóstol Pablo, hablando a los gentiles, 'Porque como vosotros en otro tiempo no creísteis a Dios, ahora habéis alcanzado misericordia por la incredulidad de ellos; así también estos ahora no han creído en vuestra misericordia, para que también ellos alcancen misericordia' (Rom. XI, 30 y 31); esto el profeta lo predijo mucho antes, y añadió, 'Y después volverán los

hijos de Israel, y buscarán al Señor su Dios y a David su rey, y temerán al Señor y a su bondad en los últimos días' (Oseas III, 4, 5). Aquí también, por el nombre de David, se profetizó a Cristo; porque cuando estas cosas se profetizaban, aquel rey David de Israel ya había dormido hace mucho tiempo: pero el Señor Jesús, de su descendencia, iba a venir en carne; por lo cual, en el modo de hablar profético, se le llamaba David. Sin embargo, parece que el apóstol Pablo puso este testimonio en los Hechos de los Apóstoles de tal manera que no puede entenderse sino del rey David que sucedió a Saúl. Pues entre otras cosas, dice: 'Y desde entonces, pidieron un rey, y Dios les dio a Saúl hijo de Cis, varón de la tribu de Benjamín, por cuarenta años. Y quitado él, les levantó por rey a David, de quien dio testimonio diciendo, He hallado a David hijo de Isaí, varón conforme a mi corazón, quien hará todas mis voluntades. Pero como sigue diciendo, 'De la descendencia de este, según la promesa, Dios ha levantado a Jesús Salvador para Israel' (Hech. XIII, 21-23); significó más profundamente que en el Señor Jesús debe entenderse más bien ese testimonio, quien verdaderamente hizo todas las voluntades de Dios Padre, que en aquel rey David: quien, aunque según la discusión anterior, con los pecados perdonados y no imputados, por la misma pía penitencia, no sin razón puede decirse que fue hallado según el corazón de Dios; sin embargo, ¿cómo hizo todas las voluntades de Dios? Pues aunque fue alabado excelentemente cuando la Escritura narró sus tiempos y hechos, sin embargo, se le notó que no destruyó los lugares altos, donde el pueblo de Dios sacrificaba contra el mandato de Dios, quien había ordenado que solo se le sacrificara en el tabernáculo del testimonio; aunque en esos mismos lugares altos se sacrificaba al mismo Dios: los cuales lugares altos, posteriormente, el rey Ezequías, propagado de la descendencia del mismo David, con el testimonio de su gran alabanza, destruyó (IV Reg. XVIII, 4).

4. Como pude, he respondido a tus indagaciones. Si has encontrado algo mejor sobre estos asuntos, o pudieras encontrarlo, nos será muy grato si nos lo haces saber. Pues yo, como ya mencioné de mí mismo, prefiero aprender que enseñar.